

hallaban en esta conversacion dieron aviso al caudillo de que una jóven aldeana que acababa de llegar de Castilleja de la Cuesta deseaba con insistencia verle.

Hernan Cortés mandó que la permitiesen entrar.

¿Quién era la jóven que solicitaba aquella audiencia?

Volvamos la hoja y lo sabremos.

Capítulo CXLVII.

Quién era la jóven.

La recién llegada podría tener unos quince años.

Su fisonomía revelaba ese candor, esa sencillez que aún se conserva en las gentes que viven en el pueblo.

Con la mayor inocencia le dijo al caudillo apenas le saludó:

—¿A que no sabe vuesa merced quién soy?

—Si no te explicas...

—Yo os conozco mucho y os amo... aunque es la primera vez que os veo.

—Ahora lo comprendo ménos.

—He oído á mi padre hablar muchas veces de vos

—¿Y quién es tu padre?

—Adivinado... Un antiguo amigo vuestro.

—¡Amigo! Desgraciadamente he conocido muy pocos que lo fuesen verdaderos.

—¡Oh! Pues yo estoy seguro de que mi padre lo era, y mucho; y que vuesa merced le queria, no tengo duda.

—¡Pero acabarás de una vez!...

—Poco que le queria vuesa merced. Como que le hizo... ¿cómo decia mi padre? Capitan de una provincia... No es eso... Ca...

—¿Cacique?

—Eso, eso.

Cortés recordó entonces al astrólogo.

—Si es de Botello de quien hablas, efectivamente que es de los pocos que me han sido siempre leales.

—Botello es mi padre.

—¿Pero donde se encuentra ahora? ¿Cómo ha abandonado las Indias?

—Ya lo sabreis si vais á visitarle. El no puede venir, porque el pobrecito está ciego, y á no ser por unas tierrecitas que ha comprado, y con cuyo producto vivimos, yo no sé qué seria de nosotros.

—¿Y dónde reside?

—Cerca de aquí, en Castilleja de la Cuesta. Pero ahora, con permiso de vuesa merced, me retiro, que me ha encargado mucho mi padre que no tardase.

Y sin dar tiempo al caudillo á hacer nuevas preguntas, abandonó la estancia.

—Pues, señor,—exclamó Hernan Cortés apenas se quedó sólo,—la venida de esa niña me llena de confusion.

¿Qué puede haber motivado el regreso á España de mi buen Botello?

Indudablemente ha ocurrido algo grave en las Indias. Yo no puedo permanecer tranquilo hasta que lo sepa.

Al mismo tiempo me ha dicho que está ciego, y aunque es anciano, más anciano que yo, no creo que los años hayan producido su ceguera.

Un presentimiento me dice que ha sido víctima de alguna catástrofe.

Pronto he de averiguarlo.

Y llamando á su esposa:

—Mi querida Juana,—le dijo,—acaba de llegar la hija de un antiguo amigo mio, que peleó como bueno á mis órdenes. Quedó en las Indias cuando nosotros regresamos á España, y actualmente se halla en un pueblo próximo á esta ciudad. El pobre desea vivamente que vaya á verle. Está ciego y achacoso, y no quiero negarle ese consuelo, además de lo mucho que me interesa saber qué ha motivado el abandono de la provincia de que le nombré jefe.

—¡Válgame Dios, Cortés, y qué mal te quieres!

—¿Porqué dices eso?

—Porque estando tan delicado, no debes ponerte en camino.

—Si es muy cerca de aquí.

—No importa; recuerda que estamos á principios de Noviembre, y que el frio te será muy perjudicial.

—Ya ves que no puedo negarme á la súplica de mi amigo.

—¡Y puedes negarte á la de una esposa que te idolatra! Vamos, sé obediente; no lo hagas por mí, sino por nuestros queridos hijos. ¿Qué seria de ellos si tú faltases?

—Desecha esos temores. Yo te prometo volver á tu lado en cuanto termine mi visita.

—Ni aun así debo consentirlo. Estás muy débil y seria una imprudencia ponerte en camino.

—Ya has oído que deseo saber tambien lo que ha ocurrido en las Indias durante mi ausencia.

—¿Y quieres ir á saber noticias que tal vez te entristezcan?

—¿Por qué dices eso?

—¡Quien sabe si tendrás que lamentar algun nuevo desengaño!

—Aunque así sea, la realidad no me hará tanto daño como esta duda que me atormenta.

La llegada de fray Pedro Melgarejo, el venerable sacerdote, amigo y compañero de la infancia del ilustre héroe de nuestra historia, interrumpió el diálogo de los esposos.

—¿De qué se trata?—dijo.

—Me alegro en extremo de vuestra llegada,—exclamó doña Juana.—A ver si vuestras palabras logran disuadir á este loco,—añadió, dirigiendo una mirada cariñosa á Cortés.

»¿Queréis creer que, hallándose tan débil, piensa una hacer excursion á un pueblo vecino, que no por estar proximo, no deja de ser un peligro, dada la situación de su salud.

—Si; pero es preciso que digas los motivos que me impulsan á emprender ese pequeño viaje.

—Debeis, ante todo, conservaros para vuestra familia, para vuestros amigos,—dijo fray Pedro de Melgarejo.

—De un amigo se trata. Figuraos que Botello, un soldado de quien me habeis oído hablar en casa de nuestro ilustre amigo el duque de Béjar, se encuentra ciego, y en la imposibilidad de venir á visitarme, quiere que yo vaya á su lado. ¿Puedo obrando humanamente negarle ese consuelo?

—No seria yo ciertamente quien me negase á sentimiento tan generoso si vuestra salud fuese buena. Pero si bien la caridad nos ordena que nos empleemos en el bien de nuestro prójimo, tambien nos manda que cuidemos de nosotros mismos.

—Advertir que deseo adquirir noticias ciertas de lo que ha pasado en las Indias, y nadie como Botello puede dármelas.

—¿Es posible mi buen amigo, que penseis todavía en eso?

—Poneos en mi lugar, y comprendereis que ha de interesarme todo lo que tenga relacion con aquellos países, en que he perdido los mejores años de mi vida, sin que hoy me queden más que recuerdos dolorosos.

—Pues por eso precisamente debeis retiraros á la vida tranquila del hogar, ya que la Providencia os ha concedido una buena compañera, de la que teneis fruto de bendicion.

—¿Y quereis que en conciencia puedo renunciar á

la esperanza de dejar á mis hijos asegurado un porvenir lisonjero?

—Hernan, amigo mio, pocos como yo conocerán lo arraigados que están en vuestra alma los sentimientos religiosos, y por lo tanto, me voy á permitir un recuerdo, siquiera sea doloroso. ¿No habeis pensado alguna vez, aun en medio de la embriaguez de vuestros triunfos, que habia algo en vuestra conducta que debia haceros renunciar á continuar vuestros descubrimientos?

—En este momento no sé á qué aludís.

—Aludo únicamente á la série de desengaños, de decepciones de que habeis sido víctima.

—¡Desgraciadamente es mucha verdad lo que decís!

—Pues bien; al nuevo desengaño que habeis recibido en Argel...

—¿A caso sabeis?...

—Las malas noticias se reciben generalmente con extraordinaria rapidez. Como iba diciendo, despues del desengaño que habeis recibido en Argel, aunque me sea doloroso, tengo que participaros otro.

Hernan Cortés se sonrió tristemente.

—Hablad.

—El pleito que sosteníais en el consejo de Indias se ha fallado en contra vuestra.

—Sólo eso me faltaba. Pero casi me alegro, porque esto me hace estar más firme que nunca en mi resolución.

—¿Qué proyectais?

—Ir á morir al lado de Pizarro, si es esa la suerte que me está reservada, ó volver al cabo de algunos años cargado de riquezas, para que si mis enemigos no me admiran, al ménos que me envidien.

Elevando las manos al cielo en actitud suplicante exclamó fray Pedro:

—¡Válgame Dios y cómo os aconseja el demonio de la soberbia! Considerad que esa resolución es una amenaza constante á la tranquilidad de vuestra familia; que correis á una muerte cierta, porque no basta al hombre tener génio, valor, arrogancia, para contrarestar las leyes fatales, inmutables, que le imponen la edad, los estragos que en su naturaleza han causado las enfermedades.

Hernan Cortés respetaba á su amigo y no quiso abiertamente oponerse á sus consejos.

Fingiéndolos aceptarlos, añadió:

—Desistiré de mi viaje á las Indias, pero no á visitar á mi amigo Botello.

—Más me agradaría que aplazáseis ese deseo por algunos días; pero si os empeñais, no me creo con derecho para impedirlo.

Por lo demás, creedme, haceis perfectamente en renunciar á tomar parte en nuevas lides.

De nada le sirve al hombre alcanzar gloria y riquezas en este mundo.

Nuestro paso por la vida es tan breve que parece un sueño.

Lo que el hombre debe desear, á lo que debe dirigir todo su conato, en lo que debe fundar todas

sus aspiraciones, es en la tranquilidad del alma, en rehuir de todas las ocasiones de pecar, en dominar al enemigo que bajo las formas de la ambición, de la sed de goces, le presenta continuamente terribles asechanzas.

¡Feliz el que en sus últimos momentos, poniéndose la mano en el corazón, se cree por su conducta llamado á disfrutar la bienaventuranza!

Hernan Cortés, en cuya alma estaba muy arraigado el sentimiento religioso, nada se atrevió á oponer á las palabras de su amigo.

Ni aun se atrevió á hablar de su visita á Botello.

Pero al día siguiente insistió de nuevo sobre este punto, y entonces fray Melgarejo se ofreció á acompañarle, porque le inspiraba serios temores lo quebrantado de su salud.

Cortés, su hijo Luciano y el reverendo fray Pedro, se dirigieron á Castilleja de la Cuesta.

Esto ocurría el día 26 de Noviembre del año de gracia de 1547.

Asistamos á la entrevista del caudillo y el viejo astrólogo.

Capítulo XLVIII.

La entrevista de los dos amigos.

—Padre, padre,—dijo con alegría la hija de Botello, apenas llegó Hernan Cortés;—aquí está vuestro amigo, el que fui á avisar hace pocos días.

—¿Dónde está, donde está?—dijo lleno de júbilo el anciano, extendiendo sus brazos para salir á su encuentro.

Cortés le estrechó contra su corazón, y durante algunos minutos permanecieron así aquellos dos hombres sin desplegar los labios.

Bien es verdad, que lo que sentían sus almas no podían expresarlo sus labios.

—¡Qué diferencia,—exclamó al fin el pobre ciego, de como estaba yo cuando os conocí y como os encuentro ahora!

—Yo también daría cualquiera cosa por volver á aquellos tiempos. Entonces no estaban aún herido mi corazón por la ingratitud por el desprecio de mi soberano, ni tenía que recordar mi pasado para arrepentirme de los sacrificios que había hecho.

—¿Os acordáis cuando me presenté á vuestra vista con el traje de cacique?

—Perfectamente.

—Por cierto que todos me creían un desertor cobarde.

—Sí; pero bien pronto se convencieron todos, y yo el primero, de que érais un servidor leal.

—Me habéis dicho que tenéis que lamentar la ingratitud del emperador.

Cortés le refirió su viaje á Argel, la pérdida del pleito y demás sucesos que ya conocen nuestros lectores, fray Pedro del Melgarejo y Luciano, á insinuación de la hija de Botello, recorrían la huerta, que con orgullo disculpable en su edad les enseñaba aquella angelical criatura.

Después de una breve pausa, dijo Hernan Cortés á su antiguo subordinado:

—Pero aun no me habéis dicho los motivos de vuestro regreso á España, ni los sucesos que han producido vuestra ceguera.

—Iba hablaros de eso.

—Pues comenzad; os escucho.

Botello procuró acercarse más á Hernan Cortés, como si deseara que no perdiese una sola palabra de su relato, y se expresó en estos términos:

—Casi al mismo tiempo de vuestro viaje á España, me hallaba yo una noche durmiendo tranquilamente en mi hamaca cuando me despertó un confuso griterío.

Desperté sobresaltado, y sin poder evitarlo, me hallé rodeado de multitud de indios en actitud hostil.

»—Sujetadle bien,—dijo una voz femenil que no me era desconocida.

Alé los ojos y ví avanzar una mujer, que con feroz alegría me dijo:

»—¿Me reconocéis?

Fijé en ella mi mirada, y aunque recordaba haber visto aquellas facciones, no pude al pronto saber quién era aquella mujer que se me presentaba en tan terribles momentos.

Cortés prestó mayor atención.

—Figuraos mi asombro,—continuó Botello,—al reconocer en ella á Guacalcinla.

Esta prosiguió:

»—Ha llegado el momento de vengar la muerte de mi desgraciado, de mi querido compañero, de mi esposo Guatimozin.

»—Reflexionad,—le dije,—que yo no he atropellado á nadie, que fui nombrado por aclamación cacique de esta provincia, y reto á todos sus habitantes á que declaren si he ejercido sobre ellos la menor tiranía, si tienen que acusarme del menor desmán.

»—¿Crees, perro extranjero,—me dijo con vehe-

mencia,—que podían llevar con calma tu dominación mis hermanos!

»Te sufrían porque temían ser víctimas de una violencia de vosotros; pero todos esperaban con ansia el día de la redención de su patria.

»La hora ha sonado.

»Ihali, otra víctima de los deseos impuros de vuestro jefe, recorré las provincias en estos momentos, y todas contestan á su voz alzándose en armas contra los opresores. Vuestro exterminio ha comenzado, y durará hasta que no quede uno sólo de vuestra raza...

—¿Es posible lo que oigo?—exclamó en medio del mayor asombro Hernan Cortés.—¿Segun eso, las conquistas que llevé á cabo con tanto denuedo, sufriendo mil privaciones y trabajos, se han perdido tal vez para siempre?

—No tal.

—Vuestras palabras lo confirman.

—Había exageración en lo que me dijo Guacalcinla.

—Proseguid vuestro relato.

—Yo, como podeis figuraros, estaba bajo la presión de un miedo cerbal. Apuré en vano toda clase de súplicas, y lo que me heló la sangre, fué una sonrisa que sorprendí en otra mujer, que presentando un manojito de yerba á Cuacalcinla, le dijo:

»—Aquí teneis lo que habíais pedido al entrar aquí.

»—Guacolando ha asegurado el éxito.

»—Dice que es infalible.

»—Pronto lo sabremos.

Guacalcinla se cercioró de que no podía moverme, é inmediatamente esprimió aquella yerba, con cuyo jugo untó tres ó cuatro veces mis ojos. Al pronto sentí un escozor terrible, al que siguió una quemazon que me hizo perder el conocimiento. Lo que habia echado en mis ojos era sabina, que como sabeis, es un cáustico de los más activos.

—¡Qué horror!

—No sé lo que ocurriría despues; pero lo cierto es que cuando cesaron los dolores y recobré el conocimiento, al notar que mi vista se habia apagado.

»—¡Dios mio!—exclamé.—¡Qué pecados he cometido para que me castigéis tan cruelmente! ¡Qué vá á ser de mí, solo en el mundo, porque es indudable que esos infames habrán asesinado á mi hija!

»—No temais, padre mio; estoy aquí: esos pícaros han huido.

»—¿Estás segura de lo que dices?

»—Sí.

»—Pero ¿cómo has podido librarte de sus iras?

—Corrí á refugiarme en la huerta cuando sentí llegar á esa turba. Ya me creía perdida, porque oí que algunos bajaban á registrar la huerta, cuando de repente salieron todos huyendo en el mayor desorden.

Esta noticia me reanimó algun tanto.

Me hacia suponer que soldados españoles habian llegado á castigar á los rebeldes.

Así era, en efecto, como supe despues.

Comprendiendo que no debía desperdiciar los instantes, bajé á tientas á la huerta y desenterré algunas joyas que hacia poco me habian regalado mis vasallos, proponiéndome perdonarme estos propósitos, disculpables atendida mi desgraciada situacion, venderlas en cuanto llegara á España y comprar con su producto unas tierras para hacerme labrador.

—Por lo que se ve, lo conseguisteis.

—A medias.

—¿Pero cómo?

—Apenas habia recogido las joyas, oí la voz de nuestros compañeros, que me llamaban. Me reuní como pude á ellos; les referí lo que me sucedia, y condolidos todos de mí, se ofrecieron á llevarme á Méjico. El virey se compadeció tambien, y en la primera carabela que salió para España me condujeron con mi hija.

—¿Pero quién es la madre de esa niña?—preguntó Hernan Cortés.

—Este es otro pecadillo del que tengo que arrepentirme. Es hija de una de las doncellas que llevó la mujer de Peralmindez cuando fué á Méjico.

—Ahora recuerdo que desapareció un dia, y que jamás volvió á saberse de ella.

—Se vino conmigo, y la dí á conocer como mi mujer legítima.

—¿Qué siempre hayais sido lo mismo!—dijo Hernan Cortés.

—Como iba diciendo, vivimos felices y contentos, y de nuestro amor nació Esperanza, que así se

llama ese ángel, consuelo de mi vejez y mi amargura. Su madre murió hace dos años.

—¿Y contais con medios para vivir holgadamente?

—Los productos de mis tierras apenas proporcionan lo bastante para nuestro sustento. Compré á plazos la huerta que hay contigua, y puede decirse que los réditos absorben todos los productos. Pero, en fin, gracias á mis conocimientos de astrólogo, predigo cuándo va á variar el tiempo, y los labradóres me dan limosna cuando se cumplen mis calculos.

No dejó de extrañar á Cortés que siendo ciego pudiese Botello continuar dedicándose á la astrología, y creyó desde luego que la ciencia en que era doctor era la de la truhanería.